

Príapos



Daniel Chavarría

# PRÍAIPOS





EDITORES INDEPENDIENTES

ERA / LOM / TRILCE TXALAPARTA

[www.editoresindependientes.com](http://www.editoresindependientes.com)

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA  
Febrero de 2010

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta  
© DEL TEXTO: Daniel Chavarría

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.  
Navaz y Vides 1-2  
Apartado 78  
31300 Tafalla NAJARROA  
Tfno. 948 703 934  
Fax 948 704 072  
[txalaparta@txalaparta.com](mailto:txalaparta@txalaparta.com)  
[www.txalaparta.com](http://www.txalaparta.com)

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA  
Esteban Montorio  
MAQUETACIÓN  
[Nabarrerria.com](http://Nabarrerria.com)

IMPRESIÓN  
RGM S.A.  
Polígono Igeltzera, 1 bis, pab. A1  
48610 Urduliz - Bizkaia

DEPÓSITO LEGAL  
BI-510-10

ISBN  
978-84-8136-572-6

txalaparta 

*A Millet Nieto,  
maestro de la narración oral;  
y a Mario Chavarría Sosa,  
futuro maestro de ajedrez.*

## PRIMERA PARTE

EL BEBO  
MARIO LUJÁN Y TORRALBA

LO DEL PRIAPISMO EMPEZÓ EL 14 DE OCTUBRE DEL 89, una tarde inolvidable en que el Bebo tomaba el fresco y unos buchets de ron en el portal de la casita donde el Ministerio de Salud Pública le instalara su vivienda y consultorio.

Ese día le había tocado una fuerte jornada itinerante, dos casos de hipertensión a tres kilómetros loma arriba y un parto muy traumático en la orilla del pueblo. Al recordarlo ahora, la brisa que soplabá de lado le llegaba como tardío alivio. Torso desnudo, el médico se balanceaba pensativo en una comadrita<sup>1\*</sup> y miraba caer las primeras sombras cumbreñas sobre una empinada ladera de la Sierra del Cristal.

Imposible dejar de pensar en el parto, en los ojos implorantes, desesperados de la guajira, por fortuna un tronco de muchachona.

Vaya susto, carajo. Cuatro horas en vilo, hasta ver la criatura a salvo. Pero ahora disfrutaba. Cuanto más angustioso el recuerdo, más lo disfrutaba.

---

1\*.- Las palabras con asterisco, por orden alfabético, están explicadas al final de la obra, en un vocabulario de cubanismos.

Satisfecho, sobre todo por su servicio humanitario, era la primera vez en que se veía como un médico de verdad.

Ya en la tina del baño se frotó con denuedo, silbó, tarareó su alegría durante un largo rato; y ahora, con los primeros dos tragos, se dejó invadir de euforia, respiró hondo, el paisaje era bello, él era eterno. Qué ganas de prenderse con un pito de marihuana.

Recordó a Ponce de León, eminente cirujano y el más vital de sus profesores, que por no retirarse, seguía en la facultad con sus 80 años, ahora como ayudante en la cátedra de anatomía. Era una fiesta oírle a Ponce sus anécdotas de cuando ejerciera la medicina rural en los años del Machadato; y su desparpajo al referir en clase que cuando la Guerra de Angola, solía meterse un pito de yerba antes de amputar sin anestesia y bajo la metralla enemiga. Lo vivido durante el parto le trajo también a la memoria los latinajos que soltaba en clase, uno de cuyos favoritos y más repetidos versaba sobre el goce de evocar la adversidad vencida. Y todos los días inventaba dicharachos.

—Es que en la soledad, sin recursos ni asesoría, cualquier médico se apengustia\* —dijo un día, y el paraninfo estalló de risa.

Un cómico, el profe. El Bebo sonrió al evocar una clase en que despotricara contra el oscurantismo de los farmacólogos, por los nombretes que imponían a los medicamentos. «No, señor», se indignaba desde el estrado; y proponía que para beneficio del pueblo, los diuréticos se llamasen «parameol», los laxantes «paracagol», y así por el estilo.

Unas horas antes, al ver que el feto venía de nalgas, el Bebo también se apengustió. La emergencia le trajo la palabreja y el comentario de Ponce; porque en efecto, nadie que no lo haya vivido, se figura el terror de un médico rural primerizo, cuando ejerce solo. Qué corredor de fondo ni un carajo. Soledad terrible es la del graduado reciente, cuando una

vida humana depende de su serenidad, su inventiva y de sus conocimientos muy endeble.

Aquella tarde, al ver lo que habría de enfrentar en el bohío, debió de ponerse muy pálido. De seguro que todas las guajiras asomadas por las ventanas se olieron su terror.

Al servirse otro trago volvió a pensar en el profe; porque ahora, recobrado del mal rato, él también se entregaba, y con morbosa recurrencia, al placer de revivir los instantes más dramáticos.

Para no oír los gritos de unos mariachis que algún vecino propalaba a mansalva desde su radio, el Bebo se taponó las orejas con ambos pulgares. Así se estuvo un rato estremecido, componiendo y recomponiendo detalles, satisfecho de sí, sonriente, tragando saliva. Cualquiera que lo espiese lo habría supuesto entregado a lujuriosas remembranzas.

Uno de sus motivos de espanto había sido la falta de asepsia en el bohío. Sobre el piso de tierra, bajo la cama, se había echado una perra parturienta, como si esperara su turno. De pronto, un pollo acosado por un lechoncito, entró a la carrera, aleteando, y se refugió sobre la mesa donde el médico dejara su maletín abierto. En comparación, su consultorio de madera, tan precario, lucía como un palacio de cristal.

Al ver lo mal que venía el feto, el Bebo barajó la idea de una cesárea; pero la desechó enseguida. Aun disponiendo del instrumental y con la debida esterilidad, él no iba a aventurarse en una operación de especialistas.

Durante la carrera, movido por su vocación, el Bebo no perdía oportunidad de colarse en los quirófanos, donde ayudara en varias cesáreas y otras operaciones obstétricas; pero sin intervenir bisturí en mano. Como estudiante, toda su práctica quirúrgica se restringió a la sutura de pacientes recién operados, amén de alguna que otra intervención muy superficial, cuando a los cuerpos de guardia llegaban pacientes malheridos, con lesiones de arma blanca, algún quiste, en

fin, necesitados de una cirugía elemental, que no interesara órganos vitales. En tales casos, bajo la vigilancia del cirujano de turno, el Bebo extraía pus, vidrios, lo que fuera. Más adelantado, ya en quinto año, lo dejaron solo en un par de apendicitis, una traqueotomía y otras zoncercas.

Aquella tarde, cuando llegó al bohío y vio asomarse los piececitos del bebé junto a las nalgas, notó que comenzaba a temblar. La guajira, que alternaba gritos y desmayos desde hacía dos horas, le dirigió una mirada de náufrago. Él le dio a beber un jarabe para la tos que encontró en su maletín, y le mandó que cerrara los ojos hasta su regreso; y, so pretexto de que antes de tocar a sus pacientes siempre se encomendaba a Dios, se alejó a unos cien pasos del bohío. Allí, donde nadie lo pudiese ver, estuvo unos minutos en busca de serenidad, concentrado en sus viejas técnicas de autosugestión. Nadie debía darse cuenta del terror que lo asediaba.

Sólo una vez, en un video que le pasaran durante su rotación por la especialidad de Ginecología, había observado la intrincada manipulación que exigen los partos en pelviana. En uno de los casos, el niño traía las piernecitas flexionadas hacia atrás, pegadas a la base de las nalgas, en posición fetal, exactamente como su caso de aquella tarde; y el documental enseñaba a partearlo mediante cesárea. Pero él no podía valerse de la cirugía. No tenía cómo. Y se dispuso a lo único que juzgó honrado y sensato: sufrir con la guajira, sudar junto a ella y observar. El favor de Dios y la propia evolución del parto debían sugerirle un plan de acción. Y así, a punta de audacia e intuición, concibió la táctica de manipular a la criatura hasta situarla boca abajo y separarle los pies de las nalgas, para extraérselos hacia atrás, uno a uno.

Fue terrible. La guajira se le desmayó dos veces, pero las piernecitas salieron, entre chorros de sangre, hasta encima de las rodillas.

Media hora después, cuando la guajira se recobrara un poco, ya asomado el niño hasta las axilas, el médico logró

sacarle el hombro izquierdo con su bracito, en medio de nuevos y espantosos alaridos. Empapado en sudor, pujando a la par de la madre, animándola, aferrando los omoplatos y pectorales del bebé, rotándolo en la dilatadísima abertura y halándolo como al corcho de una botella, el médico vio asomar la base del cuello y, por fin, con los pies del niño hacia arriba, consiguió sacarle la cabeza de costado y con ella, el brazo y hombro derechos.

El bebé nació ileso, y gracias a la flexibilidad y fortaleza de sus tejidos tan jóvenes, la guajira solo sufrió un desgarramiento y su hemorragia, sin demasiada import...

—Buenas, dotor —oyó decir en eso.

El saludo de un campesino de paso lo sacó del bohío y la hemorragia.

—¿Cómo anda, Julián?

—Mire lo que le están trayendo por allá —lo interrumpió el hombre, que ahora señalaba hacia una ladera de la sierra.

Reubicado en el presente de su consultorio, el Bebo divisó, a unos trescientos metros loma arriba, sobre un claro de la cuesta, a tres hombres portadores de unas parihuelas.

—Esos vienen pa su consulta, dotor.

Vaya, carajo, qué día.

Cuando por fin se acercaron y ya no tuvo dudas, el Bebo recogió el vaso y la botella, vistió su bata de médico y abrió de par en par los estrechos batientes de la puerta, para dar paso a los cargadores.

El paciente, casi desmayado, gemía con desesperante languidez. Hombre nervudo y enteco, de unos 70 años, lo cargaban en posición supina. Sobre la camisa, un poco por debajo de la cintura, venía fajado con una tela negra del ancho de una cuarta; y bajo la faja se adivinaba una hinchazón ventral.

Mmm, mal asunto...

—Buenas tardes, dotor —lo saludó un hombre canoso, tras quitarse el sombrero de yarey con una mano y el mocho\* de tabaco con la otra.

—Buenas, pero pasen, pasen, pónganmelo allí —y les señaló una camilla.

Las parihuelas, demasiado anchas, no entraban por la puerta. Los cargadores las pusieron sobre el piso y aferraron al paciente, uno por las axilas y otro por los tobillos, mientras el canoso, con ayuda del Bebo, lo sostenía por debajo de la cintura.

A la usanza serrana, lo traían cargado sobre telas de saco. El angarillero de adelante era un jovencito imberbe, pero de seis pies por lo menos. Para sacar enfermos desde los altos de la sierra, los guajiros viejos solían escoger jóvenes fuertes, de muy diferente estatura. En general formaban parejas ridículas por lo desiguales, pero tal como los portadores de vírgenes y santos, los camilleros de la Sierra del Cristal se ufanaban de serlo. El cargar enfermos, loma abajo o loma arriba, a veces durante dos o tres días, cruzando montes y ríos, era tarea honrosa, de hombres fuertes y responsables. Para bajar, el de más estatura se ubicaba al frente. En aquel caso, además de altísimo, el muchachón delantero lucía muy fornido, con un cuello taurino y unas manazas que envolvían de sobra las gruesas ramas de jiquí\*, ensartadas en el improvisado dobladillo de los sacos.

—¿De dónde vienen?

Ante la notoria hinchazón bajo la faja, el médico conjeturó una peritonitis.

—Desde Cuchufli Arriba, dótor.

—¿Y dónde queda eso?

—Donde el diablo dio las tres voces —bromeó Julián.

Otros lugareños se allegaron a curiosear, como solía ocurrir cuando veían bajar angarilleros de las lomas.

—¿A qué distancia está ese poblado?

—A saber... —dijo el guajiro más viejo, mientras reencendía el mocho.

—¿Cómo que a saber? —se molestó el médico. Detestaba la reticencia de los montunos. Nunca te respondían por derecho. Siempre con el singao\* misterio.

—De cerca del Cristal —respondió por fin el más joven.

—¿Del Pico del Cristal?

—Como dos horas más abajo —aclaró el viejo.

El Bebo se puso a desamarrar la faja, mientras los dos cargadores le alzaban un poco al paciente, sostenido por las corvas y axilas.

—Salimos cuando clareaba —explicó el zaguero, hombre pequeño, rechoncho, de unos 30 años.

—No se pudo antes porque el dolor fuerte le empezó en la nohecita —precisó el viejo.

Eran casi las siete, y como en el firme\* el sol se ponía a las ocho, el médico calculó que el transporte del paciente debió durar, cojones, sus once horas.

—¿Y qué es lo que él se siente?

Los angarilleros y el viejo se miraron serios, de cejas alzadas; luego miraron a los curiosos agrupados en el portal, como si les sobraran.

Ante aquel silencio, el Bebo alzó los brazos en un gesto de mal humor, y el más viejo, como para atajarlo, se apresuró a decir, con la cabeza gacha y en un susurro:

—La tiesura, médico.

—¿Cuál tiesura? ¿Qué es eso? —preguntó el Bebo, sin mirarlo, ocupado en quitarle la interminable faja al anciano.

—Con todo respeto, médico —prosiguió el viejo, apenas audible— pero mi compay Jacinto tiene el..., el eso parao desde ayer por la noche, y no se le baja.

¿Priapismo?

El Bebo comprendió ahora el silencio de los guajiros. Lamentó haberse molestado. Los pobres, por vergüenza, no sabían cómo llamarlo.

El anciano Jacinto, tras el zarandeo a que lo sometieran para quitarle la faja y desabrocharle la pretina, abiertos los ojos, dirigía ahora al Bebo una mirada implorante.

—Agua —pidió.

—Cógela de allí —indicó el Bebo al cargador zaguero, y le señaló el mueble donde el agua del botellón se purificaba por goteo sobre un filtro de piedra porosa.

Como uno de los mirones, asomado por la ventanuca de atrás, oyera lo de la tiesura y lo comentó con los demás, la noticia se regó por el poblado. Todos conocían al paciente, un viejo montuno alegre, dicharachero, que solía bajar a La Zanja para vender animales o aguardiente. Y picados de curiosidad, más divertidos que alarmados ante aquella enfermedad de la que nunca oyeran hablar, los vecinos comenzaron a agolparse en el portal del consultorio. La situación del viejo les causaba una incontenible hilaridad y provocaba comentarios procaces.

Al oír que la bulla aumentaba, el Bebo se les acercó ceñudo:

—Caballero, no se pongan bravos pero tienen que desocuparme el portal, que esto no es un teatro.

Mandó llamar a su amiga Matilde la comadrona, bigotuda y malgeniá, y la sentó a cuidar el portal. Mientras él atendía al montuno, no quería a nadie espiando ni formando bulla cerca.

Al desnudar por fin la región genital del enfermo, el pene negro y tieso, que la pretina del calzoncillo le mantuviera aplastado sobre el vientre, se irguió, fuácata\*, como un resorte.

El camillero más joven dio un paso atrás.

—¡Vaya, carajo! —comentó el médico, impresionado.

Durante toda su práctica hospitalaria, el Bebo sólo había visto un caso de priapismo leve, en un cuerpo de guardia donde el jefe del turno le pidiera ayuda para practicar un drenaje. En aquella ocasión, el propio Bebo introdujo una aguja

del 12 por un flanco del miembro tumefacto, amorcillado, y en cinco minutos, apenas le extrajo la sangre espesa pero todavía líquida y drenable, el paciente se alivió de inmediato y dejó de sufrir.

A eso se limitaba toda su experiencia sobre tan rara patología, de la que además, nunca leyera nada; y ahora, para colmo, este miembro montuno se presentaba tan distinto, tieso como un palo, toc, toc, muy negro, y en ciertos lugares con la coloración turbia propia de una trombosis.

Mientras el médico alzaba el prepucio para observarle el glande, Jacinto mantuvo los ojos cerrados. Avergonzado, claro. Primera vez que un hombre le andaba por ahí. Los otros tres, para exonerar al médico de ser visto en tan deshonoroso menester, demostraron una repentina curiosidad por el escaso mobiliario de la consulta.

—Déme algo que me alivie, dotor, o máteme, coño, que esto duele mucho —balbuceó el enfermo.

—No se preocupe, hombre. Para todo hay remedio en esta vida..

¿Remedio? ¿Un calmante?

Ni hablar.

Dadas las circunstancias, lo que el Bebo vislumbraba como única solución posible, no le iba a hacer ninguna gracia al pobre viejo.

De un armarito blanco sacó una jeringuilla esterilizada que guardaba en un pomo de boca ancha.

—Esto va a dolerle un poquito, pero es necesario.

—Ay, dotor.

El viejo cerró los ojos.

El médico le cogió el pene con una mano y le inyectó la aguja en la vena dorsal, muy notoria sobre la piel tan estirada.

El guajiro más joven salió a vomitar sobre la hierba.

Tal como supusiera el médico, no se le pudo extraer ni una gota de sangre. La trombosis no permitía drenarlo. Y sin drenaje inmediato, supuso que la gangrena sería inevitable.

¿Qué inventar, coño?

¿Llevarlo a Nicaro? ¿Arriesgarse a que no llegara con vida?

Qué va. Mejor amputarle el pene allí mismo y en una semana remitirlo al hospital de Nicaro.

—Mejor máteme —dijo el viejo, como si le adivinara el pensamiento.

De su breve práctica profesional, el Bebo no recordaba una emergencia tan desesperante como el parto en pelviana de aquella tarde. Lo había curado de espanto; lo había graduado en medicina tremendista. Pero ahora, aunque ya no estuviese ante un caso de rompe y raja, ni él tan apengustiado, decidir la extirpación de un miembro era otra alternativa del cará.

¿No sería mejor mandar primero a uno de los cargadores a Levisa o Nicaro?

Sí, a caballo, para averiguar si existía algún anticoagulante poderoso que permitiera el drenaje.

Coño, pero mientras averiguaban, el hombre podía morírsele allí.

Por segunda vez en ese día debía decidir él solo. Aquel poblado y sus vastos alrededores no contaban con otro médico cercano; y a su leal saber y entender, para salvar aquella vida lo más prudente era amputar. Si no, aquella cosa tan tiesa, negra y dura lo iba a matar.

¡Cojones! ¡Más negra y dura era la vida de un médico rural, inexperto y sin recursos!

En definitiva, fue el sufrimiento del pobre guajiro lo que refirmó su decisión de amputar.

Sí, cuchilla con él.

Movido por una precoz vocación de cirujano, el Bebo había aspirado en 1978 a matricularse en la Facultad de Ciencias Médicas, pero sus calificaciones del ciclo preuniversitario no alcanzaron la media requerida; y como no le interesaba otra carrera, quedó excluido de la enseñanza superior.

En el 79 ingresó al Servicio Militar en el Cuerpo de Bomberos, donde permaneció hasta mediados del 81. El cuartel le gustó y, decidido a hacer carrera contra el fuego, firmó el reenganche. Ese mismo año, durante el incendio de un edificio de doce pisos, se lanzó a escalar hacha en mano hasta el tercero. En batalla contra el humo y las llamas, consiguió romper una puerta y rescatar a un grupo de vecinos bloqueados en la escalera. Después, en el 82, en otra acometida suicida, perdió el pie izquierdo, aplastado por una viga de metal. Inválido ya, debió licenciarse y permanecer once meses inactivo, hasta aprender a desplazarse con una prótesis; pero gracias a su Medalla al Valor y otros méritos obtenidos en los bomberos, ingresó esta vez con beneplácito en «Victoria de Girón», donde obtendría un tardío diploma de doctor en Medicina General. Aún le faltaba un mes para cumplir los 29 años. De ahí a poco lo enviaron a cumplir sus dos años de Servicio Social en La Zanja, sobre las faldas de la Sierra del Cristal, Provincia de Santiago. En aquel poblado, su pronta disposición a movilizarse a pie o a lomo de mula hacia los caseríos más apartados de la serranía, le ganó en poco tiempo la simpatía de los lugareños. Los impresionaba ver guapear en las lomas a aquel médico de ciudad, con una prótesis en su pierna manca.

Durante el primer mes en el vasto territorio, le tocó atender a una veintena de hipertensos, partear algunas mujeres campesinas y ver niños con diarreas y vómitos. Nada del otro mundo, hasta aquel accidentado 14 de octubre en que lidiara a solas un parto en pelviana, y ahora, dos horas después, se veía enfrentado a la mutilación de un pene trombosado.

Sin dejar de gemir, Jacinto volvió a desmayarse. A la luz del farol chino que fue necesario encender, el viejo exhibía una palidez verdosa. Sus acompañantes se veían muy preocupados. Para entretenerlos, el Bebo les señaló una gallina, les dio una cazuela y un poco de arroz.

—Preparen algo de comer ahí.

A poco, mientras la comadrona escogía el arroz sobre una mesa del portal, los montunos mataron la gallina, hicieron fuego en el patio trasero y se pusieron a pelar ajos y yuca.

El médico, encerrado en su cuarto, se estuvo unos diez minutos consultando láminas de la región genital en un texto de anatomía; y cuando hubo trazado su estrategia quirúrgica, despertó al viejo para proponerle la amputación. Era lo mejor para que el dolor no siguiera aquejándolo con más y más saña. De lo contrario, avanzaría la gangrena, y hasta con peligro para su vida. El médico le daría una fuerte anestesia local para evitarle todo sufrimiento. Todo saldría bien y en pocos minutos.

Con tal de librarse del padecimiento, ya lacerante, Jacinto aceptó con una mínima anuencia de párpados. De inmediato ladeó la cabeza, sus labios desgranaron una callada oración y volvió a desmayarse. Pero el Bebo necesitaba que los tres cargadores lo oyeran, de viva voz, dar su conformidad a la amputación. Llegado el caso le servirían de testigos. Hubo que sacudirlo un poco para que volviera en sí.

—Sí, dótor, como usted diga, métale cuchillo y más na —balbuceó Jacinto—. Total, pa lo que me sirve ya...

—Necesito un ayudante —se apresuró a decir el Bebo, por no reírse.

El joven gigante angarillero se hizo el desentendido y simuló leer muy interesado el diploma firmado por el decano de la Facultad de Ciencias Médicas de La Habana, a favor del Dr. Mario Luján y Torralba, que colgaba sobre las tablas enca-ladas del consultorio.

Ante el reclamo de un ayudante, el viejo del mocho miró en busca de socorro al otro angarillero.

—Yo lo ayudo, dotor —dijo el pequeño zaguero con expresión decidida.

El médico lo evaluó unos instantes. Valoraba la idoneidad de su pequeñez para secundarlo sobre la alta camilla que él mismo carpinteara con una exagerada altura. Por fin, fue hasta su armario, sacó dos pares de guantes de goma y le dijo al hombre:

—Ven por aquí.

En la pila de la cocina, ambos se lavaron bien las manos.

El Bebo se puso sus guantes de goma, le calzó los otros al muchacho y le ordenó mantener las manos en alto.

—Así, sin tocar nada, hasta que yo te diga.

Como primera medida, para evitar el *shock*, el Bebo le canalizó al paciente una vena del antebrazo y le pasó un litro de suero. A continuación, le aplicó la anestesia en la base del pene, sobre el punto donde iniciaría el desmonte de toda la piel, hasta el prepucio.

Mientras el ayudante rasuraba a Jacinto desde el ombligo hacia abajo, el médico extrajo pinzas, agujas, bisturís, algodón, vendas, gasas que guardaba en pomos de vidrio de boca ancha, de distintos tamaños. Una vez dispuesto y organizado el instrumental quirúrgico y demás materiales sobre un paño esterilizado, el Bebo esperó otros diez minutos a que obrara la anestesia.

Antes de dar el primer corte, presionó con fuerza en la zona rasurada y comprobó que Jacinto no sentía nada. Para liberar la arteria dorsal, dio un primer corte y prosiguió hasta la punta abierta del prepucio, encima del glande. Luego cortó el resto del prepucio que el ayudante, labios chupados, nariz fruncida, botó en un recipiente de metal, al pie de la camilla.

Como previera, la trombosis se encontraba ya muy avanzada, sobre todo en las vénulas de los cuerpos cavernosos. En no más de diez minutos, el Bebo seccionó, pinzó y ligó la arte-

ria y vena dorsales. Después, tras cortar los cuerpos cavernosos, ligó la arteria y vena profunda a ambos lados. Por fin seccionó la uretra peniana. Para terminar, realizó el bloqueo troncular del pene, pasó una sonda a la vejiga, y una vez vaciada, dio el corte final y consumó la amputación.

La cosa resultó mucho más sencilla de lo que pensara. Había salvado a Jacinto de un intenso sufrimiento y hasta quizá de la muerte. Respiró hondo. Era su debut como cirujano; la primera operación compleja que realizaba solo.

Esa noche, excitado, eufórico, no pegó los ojos.

Por la madrugada, mientras atendía al convaleciente, vinieron a buscarlo para otro parto en la Sierra. Tuvo que recurrir a la ayuda de Matilde, que a veces le servía también de enfermera, para que se ocupara del paciente.

Jacinto permaneció diez días en casa de la comadrona, hasta que volvieron por él los mismos tres cargadores. Los esperó fumando, sentado en el portal. No obstante haber recuperado los colores, gran parte de su energía y, sobre todo, el buen humor dicharachero, regresó en parihuelas a Cuchufli Arriba. Él pretendía caminar una buena parte, pero el médico se lo prohibió.

Como a los tres meses, Jacinto bajó a la consulta de La Zanja. Su herida se veía muy bien cicatrizada. Agradecido, traía de regalo para el médico un galón de aguardiente casero, y un puerquito, lechón todavía, amarrado de una soga. Campesino filósofo y de natural burlón, Jacinto se declaró satisfecho y más allá del bien y del mal. A los 73 años, un miembro que siempre sirviera con tanta esplendidez a las guajiras de Cuchufli y alrededores, se merecía el eterno reposo.

Muy reconocido con el doctor Luján por haberle evitado mayores males, y quizá para halagarlo, le refirió un caso, acontecido dos años antes, en que otro médico del llano no

tuviera el valor o la habilidad para cortar; y el hombre se murió con su tiesura que ya no se le bajaría nunca, ni durante el velorio.

Pero la historia del priapismo no acabaría allí. Aún le reservaba nuevos capítulos.

Al término de su Servicio Social, cuando ya casi empezaba a preparar maletas para el ansiado regreso a La Habana, a su familia y a los brazos de sus novias, el Bebo debió atender otros dos casos. Uno el 12 y otro el 30 de abril de 1990.

El primero fue un muchachón de 20 años, también vecino de la zona de Cuchufli.

—Qué casualidad —comentó el Bebo, sorprendido.

Raro que una enfermedad tan infrecuente hubiese producido dos casos en menos de dos años, y ambos procedentes de un caserío de solo 120 habitantes.

Esta vez, la situación no fue tan dramática. Más bien cómica, por el susto y la cortedad del muchacho. Al no advertir síntomas de trombosis, el Bebo lo recostó en la camilla y le limpió el pene con un líquido antiséptico. Acto seguido, le introdujo por un costado una jeringa de aguja muy gruesa. Mientras el muchacho resollaba, el médico vio con alivio brotar el espeso líquido rojo.

Menos mal, carajo; y repitió la operación por el otro lado del miembro.

Enseguida, al disminuir la presión en las venas, la sangre comenzó a fluir con más y más facilidad, hasta la total reducción del pene.

Tras descansar un día completo, el paciente regresó a pie hacia las serranías de Cuchufli.

Pero de ahí a poco el Bebo vio que le bajaban su tercer caso en parihuelas, y desde lejos reconoció a los mismos cargadores de Jacinto.

—¿Vienen de Cuchufli? —verificó, alarmado ya.

—Sí, dotor.

—¿Otro más? ¿Pero qué ustedes comen por allá arriba, compay?

El paciente se llamaba Manolo. Cuarentón, mulato claro de pelo liso y facciones aindiadas, era muy parecido a Batista. Llegó mudo del susto. También se lo veía muy avergonzado. Permaneció con la vista clavada en el piso como abrumado por alguna culpa. No se atrevía a mirar al médico. Cuando el Bebo comenzó a palparlo, el mulato empalideció y cerró los ojos.

El médico asumió que se trataba de una erección drenable.

—No hay problema —lo tranquilizó. Esto lo resolvemos rápido.

Al oír aquello, el hombre se apeó de la camilla.

—¿Me la va a cortar, dotor? —preguntó al borde del llanto, mientras se tapaba la enorme erección con el sombrero.

Convencido de su destino fatal, empezó a tartamudear y a decir que si se la cortaban como a Jacinto, él se iba a guindar del primer árbol.

El doctor Luján lo tranquilizó. Su caso no reclamaba amputación; y como Manolo se gastaba unas dimensiones colosales, se dedicó a palmotearlo y a bromear, que si *king size*, que si equis ele, que si veinticuatro extra largo de cornisa volada; hasta que el pobre se echó a reír y se dispuso al drenaje.

Minutos después, Manolo alzaba la cabeza y cerraba los ojos. Vano intento por impedir que su memoria registrara aquel manoseo entre hombres y la untura de su pene macrocéfalo con un líquido parduzco. Pero ya drenado, sintió un inmediato alivio y cambió de ánimo.

Interesado en pesquisar los orígenes de tan extraño priapismo, que se insinuaba exclusivo de Cuchufli Arriba, un sondeo del paciente lo enteró de que en las alturas cercanas

al Pico del Cristal, a lo largo de los años, se acumulaban varios casos.

—¿Como cuántos?

—A ver... —y al contar en silencio, el hombre se agarraba, con los dedos gruesos de una mano, los de la otra. Se los sacudía para asegurar la cuenta y entrecerraba los ojos en actitud de alta concentración.

Por fin, con mucha cautela, declaró:

—Que yo recuerde, fueron doce.

—¿Desde cuándo?

—El primero que recuerdo fue cuando yo era muchacho de unos 10 años.

—¿Y en esos doce estás contando el caso de Jacinto y el de Abelito y el tuyo propio?

—No, doctor, conmigo serían trece.

Manolo decía haber cumplido los cuarenta y dos. Por tanto, treinta y dos años antes sería en 1958. Ergo, si el hombre no mentía ni erraba, en Cuchufli Arriba el priapismo se presentaba con un ritmo promedio de dos años y medio.

—¿Y cuánta gente vive allá arriba?

—Ah, eso sí que no me lo sé, doctor.

—¿Y tampoco sabe cuántas viviendas hay en el caserío?

—A ver, déjeme contar —y se puso otra vez a tironearse los dedos.

El Bebo oyó un toque en la puerta y se levantó a abrir.

El marido de una hipertensa que él atendiera unos días antes le traía de regalo un racimo de plátano burro.

El Bebo lo invitó a pasar pero el hombre adujo prisa y se marchó.

Cuando volvió a la sala, Manolo terminaba su cuenta digital.

—Son veintiséis casas, doctor.

—¡Tan pocas! —se asombró el Bebo; y calculó unos 150 habitantes que, sumados a los que vivían en fincas con acceso cercano al caserío, quizá resultarían unas 300 personas.

Mmmm.

Para una comunidad tan pequeña, doce casos de priapismo en solo tres décadas, le olían a exorbitancia.

De todos modos, faltaba ver si era cierto. Los guajiros solían exagerar...

En el par de manuales que el Bebo trajera consigo no existían referencias al priapismo. Como especialidad urológica y rara, quizá fuese una patología poco abordada en medicina general. Pero de pronto, en ciertas zonas, microclimas, circunstancias... Vaya uno a saber.

Así las cosas, el Bebo dejó transcurrir los pocos días que aún le faltaban para concluir su Servicio Social, y se dispuso a visitar Cuchufli, a ver qué venteaba in situ sobre el extraño caso.

De regreso a sus lomas con el pene curado e intacto, Manolo se puso a hablar maravillas del doctor Luján.

—Cojonúo el médico habanero...; y lo buena gente qu'es.

Hasta lo había hospedado en su propio consultorio una noche y un día, para que se recuperase.

—Y dispué, él ahí, ahí, todo el tiempo dándome ánimo.

Como a la semana, Manolo bajó a La Zanja con un galón de aguardiente de mameyete más un par de gallinas de regalo, y lo invitó a subir a Cuchufli. Allá arriba, Jacinto y él iban a matar un puerco y a dar una fiesta en su honor.

Como su Servicio Social se cumplía el 12 de septiembre del 91, el Bebo prometió partir hacia Cuchufli el 13, o quizá el 14. La invitación le caía al dedillo.

Al médico lo seducía la caminata loma arriba. El ascenso hasta el Pico del Cristal se lo anotaría entre sus mejores marcas de minusválido; pero no se decidió, porque pese a su natural fortaleza y piernas largas, la prótesis no le permitía avanzar sino con precavida lentitud; y si aquellos guajiros fornidos y andariegos que cargaran a Jacinto y al otro paciente, bregaron once horas loma abajo, él, aunque sin más peso que el de su mochila, necesitaría quizá quince o veinte para el

recorrido a la inversa. Además, cuando caminaba más de dos horas, la prótesis le imponía prolongados descansos. De otra parte, evitaba viajar a lomo de mulas. Sólo las montaba para grandes distancias, obligado por su penuria motriz. En los anfractuados senderos de la sierra pasaba muchos sustos. Sobre todo en los descensos, cuando las bestias se apoyaban en salientes rocosas, o se dejaban deslizar por taludes abismales, él se veía desbarrancado a cada instante.

Según le explicara Manolo, para llegar a Cuchufli Arriba debía enrumbar a ojo hacia el Pico del Cristal.

—Usted escoja el rumbo y deje que la bestia eche p'arriba.

No existía un camino que se pudiera distinguir. Debería guiarse por el sol y por el firme de la sierra.

El Bebo hubiera deseado cabalgar acompañado de algún guajiro práctico en la región, pero eso le habría afectado su prestigio. El miedo a perderse no es de hombres. Eso queda para los pisaverdes del asfalto. Pero en la dirección que le señalara Manolo, el médico conocía a un tal Heliodoro, cincuentón veterano de las guerras de Angola y Etiopía. Con su mujer, una guajira de 20 años que se derramara aceite en llamas sobre un empeine, el Bebo se había lucido un par de meses antes. Al llegar al bohío, el Bebo reconoció una quemadura de primer grado, que comenzaba encima de los tobillos y se extendía por el empeine hasta el dedo gordo. Se imponía evitar la infección mediante una exhaustiva asepsia que exigía desollarla y el Bebo no ignoraba que la curación de tan extensa zona, donde permanecían intactas numerosas terminales nerviosas, le produciría a la muchacha dolores muy intensos. Habría que amarrarla y oírla gritar, como ya él viera en salas de quemados, donde no vale ninguna anestesia.

En la emergencia, y por aquello de que no hay peor gestión que la que no se hace, el Bebo optó por aplicarle la poca hipnosis que aprendiera durante su rotación en la especialidad de Psiquiatría y que ya lo sacara de apuros con algunas parturientas; y la Fefita resultó tan excelente sujeto de hipno-

sis, que el desuello de su empeine *flambé* resultó un paseo. Aceptó la orden, susurrada al oído, de no sentir ningún dolor y se dejó despellejar con una sonrisa en los labios. Ni siquiera percibió cosquillas cuando el médico le echó alcohol sobre la carne viva.

Aquella cura con palabras, más propia de un brujo curandero que de un médico, le valió mucho prestigio ante Heliodoro y su vecindario presente.

El Bebo volvió a acordarse de Ponce de León. Cuánta razón llevaba el profe al decir que si bien las guerras flagelaban a la humanidad, habían sido también una bendición para el desarrollo de las ciencias médicas; porque la improvisación ante situaciones extremas, desconocidas en tiempos de paz, solía aportar conocimientos y técnicas invalorable. En efecto, de haber atendido a Fefita en La Habana, él no habría tenido ocasión de practicar su hipnosis, pues la habría dormido uno de los especialistas asignados a las salas de quemados; o le habrían aplicado anestesia general.

Poco después, el marido bajó a La Zanja con una mula de reata, para llevarlo a comerse un lechón en su finca. Allí se enteró el Bebo de que Heliodoro no comía más que carne de puerco, tasajo que él mismo preparaba, arroz, frijoles y yuca con mojo. Era la dieta de casi todos los montunos de la zona. Como único vegetal verde, Heliodoro consumía aguacates, de los que disponía en abundancia. Pero eso sí, todos los días se empujaba solo dos botellas de aguardiente casero. Ya en ocasión del accidente de la mujer, el Bebo le vio el rostro muy enrojecido y lo convenció de que se dejara tomar la presión. El hombre tenía 180 con 120. El Bebo comprobaría poco después que la mayoría de los montunos pasados de los cincuenta vivían con una presión altísima. Cuando se puso a aconsejar a Heliodoro que redujera el alcohol, la sal y la grasa, el hombre se echó a reír:

—No, médico, qué va —y se empinó un trago de la botella—. El día que me toque joderme, pues me joderé y ya,

pero mientras viva, quiero pasarlo sabroso –y para ser más explícito, se puso a sobarle el culo a su guajira, que a pesar del empeine vendado, se le había sentado sobre una pierna.

Cuando la tercera visita del Bebo al bohío, se encontró con que Helidoro andaba por Nicaro. Salido la víspera con un arria de mulas cargadas de café, no volvería en una semana. Pero en su lugar, la muchacha se mostró muy contenta de atenderlo. Desde luego, ella conocía Cuchufli, y para enrumbar al médico no hacía falta Heliodoro. Se bastaría ella sola.

Aquel médico ojiverde, buen mozo, longilíneo, la había alborotado desde que lo viera; y después de peinarse y calzarse y cambiarse de vestido, le ofreció agua fresca del filtro, dulce de coco y la vista de sus rodillas sonrosadas. Hasta le insistió en que se quedara a almorzar con ella; y de paso, lo consultó sobre una dureza que le saliera en un seno.

—Aquí –le señaló tras levantarse la blusa.

Cuando el Bebo ya acariciaba con sus labios el bultico sonrosado, turgente, anunció que iba a curarla a punta de succiones. Fefita soltó ayes y gemidos; se desnudó y lo besó en todos los lugares besables. Fue feliz ocho veces, como lo evidenciaran sus pezones erectos y anegada vagina.

Casi noche ya, llegando por fin a Cuchufli, el Bebo llevaba todavía en su saliva un eco del café que la Fefita le escanciara boca a boca.

Verdá que aquellas guajiras eran del carajo. En el catre, tras confesarle su amor, dijo haberlo adorado desde el mismo instante en que le aliviara el dolor de la quemadura, na más que mirándola. Nunca olvidó su dulzura, cuando empezó a susurrarle que ya no sentía dolor. Y vaya, lo que ella siempre había deseado en esta vida, era un trigüeño de ojos verdes, tiposo como él; y contrimás si curaba con la mirada y palabritas al oído.

Era de anjá, la guajira.

¿Sería sincera?

Quizá fuese una bandolera...

Con las montunas resultaba difícil adivinar.

Eran todas un misterio.

Pero el Bebo no estaba ahora para guajiras, sino para el misterio mucho más apasionante de los pitos de Cuchufli Arriba.

¿Qué cojones comerían esos guajiros?

La causa, cualquiera fuese, él iba a encontrarla en el case-río o sus alrededores. Tal vez un alimento, una bebida, la pica-da de una araña, la cola de un alacrán afrodisíaco; o el polen de una flor cuchufleña ignorada por la taxonomía mundial, o alguna brujería vernácula. Algo debía existir, causante de aquellas erecciones.

El doctor Mario Luján y Torralba se había propuesto arrancarle su secreto a aquella comarca. Si sus pesquisas lograban descubrir algún principio farmacológico que condujera a crear un viagra cubano, se llenaría de gloria. Y a un kilómetro de las primeras casas, espoleó su mula.

## EL MON

RAMÓN BARONA Y ALCÁZAR, PHD, MA<sup>2</sup>

EL MAYOR DE LOS JINETES ERA EL NITRO. Le seguían el Bayo, el Mon y el Bebo. El nombre del grupo, tal como lo acuñara en su origen el maestro de tercer grado en la escuelita primaria de la calle Domínguez, fue «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», pero ellos lo transformaron en «Los cuatro jinetes de Oklahoma», título de un western que leía el Bebo en esos días. (A propósito del grupo, alguien hizo la atinada observación de que la inicial de cada apodo coincidía con el color de sus pieles: el Bayo y el Bebo eran blancos, el Mon mulato y el Nitro negro).

Nacidos todos alrededor de 1960, entre las hazañas más renombradas del cuarteto destacaba el haberse introducido en el patio de la escuela, montados los cuatro en un mismo caballo que le desamarraran a un guajiro distraído que cortaba hierba para sus conejos en un descampado de El Platanito. Otra vez produjeron una conmoción en el espíritu patriótico del barrio, por izar sus calzoncillos y ponerlos a secar en el

---

2.- Philosophy doctor, Master of Arts.

asta de la bandera. Fue idea del Bayo, una tarde en que regresarían empapados del Canal, después de un aguacero y subsiguiente retozo entre los charcos.

El Mon, que de niño fuera el más feo y débil de los jinetes, se aceptó como tal y resultó un triunfador. Fue muy precoz. Ya en primaria lo consideraban genio. Para no aburrirse en las clases con la repetición de lo que ya sabía, fijaba la vista en el profesor y resolvía de memoria problemas de ajedrez. Así evitaba conversar en clase y mantenía una apariencia de total absorción en lo que los maestros dijeran. Sólo intervenía cuando lo interrogaban, siempre con alta eficiencia. Sin embargo, su descomunal IQ no le generó inadaptaciones. Mataperreaba como cualquier otro fiñe\*, se fajaba a los piñazos, era bateador jilero\* de buen tacto en el béisbol callejero y el mejor segunda base de su barrio. Los otros jinetes le admiraban, además, su audacia y éxito con las muchachas, pese a su narizota y acné juvenil que habrían acomplejado a otros niños.

A Rosa María Urgellés, hija de un mayimbe\*, viceministro de la Construcción, la sedujo tras una memorable estrategia. Jabada\* de grandes rizos castaños, Rosa María era hija de un mulato y una rusa pelirroja, todavía despampanante a sus 35 años y por la que el Mon se masturbaba impenitente; y a los 12 años, ya la niña emulaba con su progenitora en sensualidad y mórbidas nalgas. Muy segura de su belleza, en el barrio se mostraba esquiva, algo arrogante. Apenas se dejaba ver cuando su padre, o los choferes del Ministerio la traían y llevaban a sus estudios, clases de piano, paseos, espectáculos para los que salía emperifollada con ropas extranjeras. El Mon se alborotó con ella un domingo en que los Cuatro Jinetes jugaban quimbumbia\* en la esquina de su casa. Todos la vieron caminar hacia el Volga de su papá, embutida en mínimos *shorts* y un provocativo bajaychupa\*. Al calor de la tarde, hervían la acera y el pavimento, que ella atravesara descalza, con provocadora lentitud; y cuando iba abrir la puerta del

carro, al ver caérsele algo junto a una rueda trasera, se agachó a recogerlo, pero sin flexionar las piernas. Aquella postura le permitió ofrecer una imponente y demorada exhibición de nalgas.

El Mon captó que la caída del objeto era una maniobra adrede. Lo intuyó al verla virarse enfurruñada, con burda coquetería de brazos en jarras y pataditas en el pavimento; y se lo confirmaron sus mimos a un chihuahua aparecido en el portal en brazos de la mamá.

¿Mimos repentinos sin transición para desenfurruñarse? No, nada era creíble.

Obvio que lo del objeto caído era un fraude, un puro *show* para exhibir sus glúteos. De lo contrario, no habría montado en el Volga sin intentar recuperarlo; porque ni siquiera señaló a sus padres el lugar donde se le cayera lo que fuese.

La escena que los Cuatro Jinetes contemplaran extáticos, boquiabiertos, terminó cuando el carro pasaba entre ellos. Rosa María ni se dignó mirarlos. No obstante, el Bayo dijo haber sido observado con gran interés.

«Puro alarde», pensó el Mon.

A los 12 años, él ya sabía que los chamas\* lindos como el Bebo y el Bayo, atraían a las mujeres con su apostura y luego esperaban a que ellas tomaran la iniciativa; pero no tenían agallas para caerle encima a una archihembra como Rosa María. Y desde ese momento, tampoco tuvo dudas de que la muchacha montaba escenas de seducción. Quizá aquella vez iba dedicada al Bebo, el más atractivo de los cuatro. Tal vez los oyó gritar primero durante el juego de la quimbumbia y se estuvo espíándolos detrás de las celosías. ¿Por qué, si no, habría salido descalza? Con tanto tennis, con tanta chancleta extranjera, de esas con hebillas doradas que su papá le traía de afuera... Para calentarlos, claro.

El Mon no habría podido formular su convicción en términos coherentes, pero sabía descifrar metalenguajes. La gratuita y extemporánea desnudez de aquellos pies, más la aga-

chada de piernas tiesas y culo parado, eran claros indicios de putería, de niña calientamachos que se sabe apetitosa. Tampoco ignoraba el Mon, desde la primaria, que las nenas ricas terminaban enamoradas de tipos feos como él, a quienes ninguna jeba\* se le daba de gratis. Feos pero decididos y acostumbrados a pugilatear sus conquistas. Eso les gustaba a todas las Rosa María.

Dos días después, cuando vio llegar el coche del Ministerio, se puso a espiar la salida de la muchacha; y cuando por fin la vio montar con su uniforme de la secundaria, se acercó de prisa y le dejó caer por la ventanilla un billetico que decía:

Adorable Princesa de los Pies Descalzos:

Esta noche voy a brincar a tu azotea. Sube a las 8 en punto. Tengo algo interesante que decirte.

Fu Manchú,

el Ninja de las Manos Suaves.

El Mon concibió su plan la misma tarde de los pies descalzos. Necesitaba unos seis metros de sogas y el acceso al patio de los Urgellés. Lo mejor sería intentarlo desde los fondos de la casa del Bayo, donde quizá conservaran una sogas larguísima con la que unos años antes los jinetes improvisaban columpios; y eso forzaría en aquella aventura la complicidad del Bayo, por cierto su compañero más habitual, desde que a los nueve años comenzaron ambos a tomar clases de ajedrez en un club del Parque Manila. Después, en el amplio ático de la casona del Bayo, dedicarían muchas horas a estudiar aperturas o a resolver problemas. Al principio, el Bayo solía ser competitivo, algo empecinado y muy colérico, pero un día comenzaron a jugar a ciegas, y resultó que el Mon, de espaldas al tablero, ganaba un 80% de las partidas. Desde entonces, el Bayo se puso al servicio de su talento, y sin complejos ni envidia, durante un par de años le sirvió de *sparring*. Seguro de que el

amigo llegaría a ser otro Capablanca, él se enorgullecía de contribuir con sus granitos de arena.

El Bayo era también una polilla voraz, que ya a los 12 años había leído todo Verne, Salgari, Dumas, Dickens, y de cuya biblioteca paterna se beneficiara también el Mon, otro motivo para estrechar la amistad de ambos dentro del grupo de los jinetes. No obstante, cuando la conquista de Rosa María, el Mon no le habría dado participación a nadie, ni habría divulgado sus peripecias de azotea, hasta no conocer sus resultados; pero el Bayo le resultaba una pieza indispensable; y no solo por la sogá, sino porque los fondos de su casa lindaban con el patio trasero de los Urgellés.

Con renovada admiración ante el plan del ninja Fu Manchú, el Bayo lo introdujo sin ser visto hasta una mata de mangos cuya copa, por encima de una tapia erizada de vidrios, prolongaba algunas ramas hacia el patio trasero de los Urgellés. Desde el ramaje se veía la pila de lavar ropa, un cobertizo, un gimnasio, un asador de gran parrilla, y al lado, una nave con dos ventiladores de techo, ocupada por un bar de bambú, un refrigerador comercial de varias puertas y una mesa conventual donde podían sentarse a comer veinte personas.

Encaramado en el techo del cobertizo, el Mon descubrió para su grata sorpresa, del otro lado del bar, una mesa de ajedrez con su tablero incrustado a modo de taracea, y una tercera mesa de mármol, sin duda para dominó, a juzgar por las cajas y soportes de las fichas que se veían encima.

Antes de disponerse a trepar, el Mon se colgó del cuello una cajita con la orquídea que le robara a su mamá, de modo que le cayera hacia la espalda. Enseguida, tras volar la sogá al estilo vaquero, falló en dos intentos por enlazar una conve-xidad del murito almenado que circundaba la azotea. Acertó al tercero, y sin dificultad trepó por los nudos de la sogá. Eran las siete y media.

Encaramado en lo alto, se aseguró de que nadie lo viera desde las azoteas vecinas y verificó que el Bayo lo seguía observando. Según lo acordado, no se movería de allí hasta su regreso, para poder silbarle una alarma en caso de peligro.

Cuando llegó junto a la puertecita donde desembocaba la escalera del ático, por cierto protegida tras una reja con cerradura moderna, movió el picaporte y comprobó que le habían pasado llave.

No le quedaba sino esperar.

Desempacó la flor, la puso encima de la caja y se sentó sobre las tejas del piso, todavía calientes. Mejor no estar de pie para no ser visto desde otras casas.

Calculó que serían las ocho menos veinte. Hasta allí le llegaban fragmentos de una voz femenina, pero sin distinguir las palabras. ¿La rusa? Le llegaba también una melodía de bolero.

Los veinte minutos que mediaban hasta las ocho le resultaron eternos. Por fin, cuando ya empezaba a inquietarse, le llegó la música estridente y a gran volumen, que anunciaba el inicio del Noticiero Nacional de Televisión.

Pasaron otros cinco minutos y de pronto oyó pasos cercanos, que venían del ático. Se alzó de prisa y se alejó unos cinco metros, para quedar visible, al frente y a la izquierda de la puerta, pero a prudencial distancia, listo para huir, si la cosa se presentaba mal.

Allí se agachó, de espaldas a un ángulo del murito almenado. Quienquiera viniese, lo vería en actitud pacífica, con su flor en una mano.

El corazón le latió de prisa cuando vio abrirse, hacia adentro, la puerta de madera. Estaba un poco trabada y la movieron a tirones. Por fin, una mano femenina se apoyó en la reja.

Era Rosa María, que al verlo allí, con su flor un poco alzada y una sonrisa, se llevó una mano a la boca y desapareció, sin cerrar la puerta.

Tal como él supusiera, la muchacha no dejó de presentarse a las ocho. Imposible que no sintiese ganas de curiosear y echarle por lo menos un vistazo al Ninja de las Manos Suaves.

En el caso muy improbable de que ella lo hubiese denunciado a sus padres, él se habría descolgado a toda velocidad por la soga, y antes de que alguien pudiese subir, abrir la reja y capturarlo, estaría fuera de todo alcance.

Pero ahora, al no oír sus pasos en la escalera, ni gritos ni otra señal de alarma, él se mantuvo en la misma posición.

Al confeccionar su plan de tomar por asalto el corazón de Rosa María, el Mon, genio matemático, ajedrecístico y lógico, hubo de valorar diversas alternativas. Si una vez recibido el billete, ella no acudía a la cita y lo denunciaba a su familia, no lo iban a matar. Ni siquiera a golpear. Y en el trance remoto de que lo capturasen, si le preguntaban en qué andaba por allá arriba, él les regalaría una reverencia chinesca y balbucearía que Ninja Fu Manchú taba namolao de Losa Malía y que ella le hace el legalito de una flol; y les mostraría la orquídea.

De inmediato lo reconocerían como un muchacho del barrio. De seguro lo darían por loco arrebatado, pero intuía que si la muchacha no era una idiota (que no parecía), a la larga, una primera movida tan audaz, terminaría por gustarle. Después se vería. Podía pasar de todo, hasta ganarle el corazón. Y una hora en brazos de Rosa María Urgellés, bien valía muchas más de calabozo, regaños de sus padres, burlas en el barrio.

No pasaron ni dos minutos y la mano de Rosa María reapareció, aferrada de un barrote. Luego fueron las dos manos, con sus uñas largas pintadas de rosa. Por fin se asomó ella, que se puso a mirarlo curiosa y sonriente.

Él se levantó, y orquídea en mano, avanzó con una sonrisa hacia la reja, siempre cerrada.

Ella, algo retirada sobre un escalón inferior, estiró con cautela una mano y cogió la orquídea.

—Gracias, eres muy fino –le sonrió.

En eso gritaron su nombre.

Al Mon le pareció la voz de la rusa.

—Vete, vete –le susurró ella, e hizo ademán de alejarse pero se acercó a la reja y le apoyó una mano sobre el pecho—. Y llámame enseguida por teléfono.

—¿Qué número?

—Setenta, cinco cuatro siete cinco –susurró—. Llámame enseguida, anda.

Y sin dejar de sonreír, volvió a tironear de la puertecita para cerrarla.

Un triunfo total, más de lo que él esperaba. Lo demostraba el pedido de que la llamara.

Inspiró feliz. Dentro de muy poco, los labios de Rosa María serían suyos.

Comenzó a alejarse en dirección al ángulo donde dejara amarrada la sogá, pero se detuvo al oír que ella le chistaba, pss, pss.

Al volverse, vio otra vez una de sus manos y parte del brazo, en urgentes señales de que regresara.

—Ya voy, mami, enseguida –gritaba ella hacia abajo cuando él volvió junto a la reja.

—¿Por dónde vas a bajar? –le preguntó, en un susurro y con cierta ansiedad en la mirada.

—Por allí —y le señaló el ángulo donde dejara la sogá.

Rosa María, sin dejar de mirarlo, se mordió los labios pensativa mientras él le acariciaba una mano.

—Mejor sales por la puerta, chico.

—¿Cómo por la puerta?

—Sí, por esta puerta –sonrió ella, ya decidida—. Voy a hablar con mamá... Cuando sepa que trepaste hasta aquí para traerme una flor..., se va a poner contenta.

—¿Tú estás segura?

—Sí, ella es muy romántica.

Ya era su cómplice; pronto sería su amante.

Victorioso y eufórico, le pidió un beso.

Ella se lo dio, pero solo de piquito, entre los barrotes; y como su madre volviera a llamarla, bajó de prisa, con la flor apretada junto al pecho.

—Espera aquí, voy a hablar con mamá.

El Mon retrocedió de prisa y alcanzó a divisar al Bayo. Allí permanecía, encaramado en la mata, como convinieran.

Con los pulgares del éxito en alto, el Mon le hizo señas de que se fuera.

El Bayo no entendió y siguió esperando.

Dos minutos después, todo sonrisas, Rosa María le presentaba a su madre. La rusa lo miraba con intriga y cautela, pero también sonreía. Por fin, sin más vacilación, sacó un llavero y abrió la puerta de rejas.

Esa misma noche se hicieron novios. Él tenía 14 años y ella 15. Dos días después, cubierto de gloria, el más feo de los Cuatro Jinetes entraba con sus mejores ropas a casa de los Urgellés, para su presentación oficial al suegro. Desde entonces, la romántica Viera les alcahuetearía por las tardes, en ausencia de su marido, encuentros a puerta cerrada en la propia alcoba de Rosa María, lo cual no era posible en la vivienda abarrotada del Mon.

A poco de conocerse, la extrema lucidez del Mon le granjearía el aprecio del ingeniero Urgellés; aprecio convertido en admiración, al descubrir que lo superaba al ajedrez.

El muchacho supo desde la primera partida, que su suegro no era rival para él, pero sabedor también de lo quisquillosos y tontos que pueden ser los adultos, se entretenía en ganarle dos partidas, hacer otra tablas y perder la siguiente. Urgellés nunca se barruntó su inferioridad y se esforzaba por ganarle; pero un día, por descuido, el Mon perdió dos partidas consecutivas con Pedro Pablo, el chofer de Urgellés, otro jugador del montón al igual que su jefe. Era un rubio pecoso, de unos 30 años, muy bromista y confanzudo que podía ponerse muy pesado, como ocurriera en aquella ocasión; y

para darle un ejemplar escarmiento, el Mon le propuso un singular desafío:

—Te apuesto diez cañas a que yo te gano una partida a ciegas.

Urgellés, que se estaba tomando unos rones en el bar con otros amigos, fue invitado a arbitrar el desafío. Como suegro del Mon y amigo de su chofer, resultaba inobjetable para ambos.

Dentro de una atmósfera muy festiva, le vendaron los ojos al Mon, lo sentaron de espaldas al tablero y, al cabo de 32 jugadas, Pedro Pablo recibió un mate fulminante. Para que no quedara ninguna duda, el Mon le ganó esa misma tarde otras dos partidas a ciegas a Pedro Pablo y una a Urgellés.

Sólo entonces se dio cuenta el ingeniero y viceministro Fernando Urgellés, que aquel lince de 14 años le jugaba flojo y hasta se dejaba ganar, para tener un suegro contento.

—¡Qué cabrón! —le comentó a la rusa—. Pero es un genio.

Urgellés no era mezquino ni le guardó rencor. Convertido en otro fan del Mon, sus contactos a altos niveles servirían para conseguirle una beca en la Unión Soviética, en un colegio de adolescentes superdotados donde ingresaría en septiembre del 76.

Cuando el Mon, primer expediente de sus tres años en Moscú, regresara a La Habana, Rosa María andaba ennoviada con otro. El Mon ya se lo imaginaba. Durante el 78, segundo año de su estancia en Moscú, ella no volvió a escribirle. Para él fue un alivio, porque ese mismo año se enamoró de Noriko, una japonesa que entonces tomaba cursos de danza en la escuela del Teatro Bolshoi.

A Noriko la conoció una tarde de verano en que él visitara a un cubano cuyo apartamento de planta baja colindaba con el de Noriko. Al llegar el Mon, el amigo no pudo abrirle

porque la mujer, que andaba de compras en el barrio, se había llevado por error su llave de la puerta.

Al reconocer por la mirilla al Mon, el amigo le gritó que saliera del edificio para brincar por encima de un balconcito, cuya base apenas se elevaba a dos palmos del parterre.

El Mon cogió impulso y con una mano apoyada en la baranda, dio un brinco e ingresó sin dificultad al apartamento. Y Noriko, que en ese momento regaba en cuclillas sus plantas en el balconcito contiguo, al verlo desde más abajo, descubrió algo arrobador en su expresión.

Como le confesaría después, sintió de pronto el apremiante deseo de volver a verlo desde abajo; y puesto que se llevaba muy bien con la rusa, esposa del vecino cubano, en cuanto la vio regresar con sus paquetes, se le apareció so pretexto de darle a paladear unas golosinas japonesas. Ya adentro, aceptó sentarse en la sala a compartir un salchichón y unas copas de vodka, y se puso a sacarle fiestas al Mon. Una hora después, sin remilgos, lo invitó a su apartamento para mostrarle unos bonsáis; y apenas cerró la puerta lo condujo al comedor, de cuya mesa quitó un florero.

—Tú brincar –le dijo, en deplorable ruso.

El Mon la miró sin comprender.

—Tú brinca mesa, yo mirar.

¿Sería un chiste? ¿Estaría chiflada la narra\*?

—Por favor, por favor, brinca como balcón –le imploró con las manos juntas y se sentó en el piso en la postura del loto.

—Yo mira de abajo.

El Mon se echó a reír desconcertado, pero ante su insistencia, se encogió de hombros, tomó impulso y brincó la mesa con una mano apoyada encima.

Al ver a Noriko quitarse sus plataformas japonesas de metededo, botarlas lejos, morderse los labios, y entrecerrar los ojos en un gesto de lujuria para pedirle nuevos brincos, ya no tuvo dudas de que estaba ante una chiflada.

Mire que excitarse viendo brincar a un tipo...

Qué gente más rara, coño.

Pero qué deliciosa chifladura.

—Más, más —le pedía ella, mientras se soltaba el pelo temblando de placer a cada nuevo brinco.

Al quinto se desabotonó la blusa; al sexto la botó al piso con un molinete de *striptease*; y así fue deshaciéndose de sus medias japonesas, de su falda de pareo y el blúmer\* hasta quedar casi desnuda; y cuando él iba ya por el salto número quince, Noriko se quitó el ajustador y le puso dos pezones oscuros al alcance de sus labios.

—Estos mis bonsáis —rió excitada—. Yo cumplir promesa.

El Mon no volvió a casa del cubano hasta las diez de la mañana siguiente, que era domingo. Tras disculparse, los invitó a almorzar comida japonesa, a nombre de su ardiente vecina.

Con el tiempo, el Mon descubriría que las absurdas ocurrencias de Noriko, aumentaban su atractivo. Alta, bien proporcionada, moldeada por la danza desde muy pequeña, de piel muy morena para su raza, Noriko fue la primera mujer bella que se le entregara sin requiebros ni elaboradas maniobras de conquista. Para el Mon, el mismo flaco feo y narizón de siempre, fue una revelación. Se enamoró hasta los tuétanos. No conocía una mujer tan virtuosa, creativa, ni mejor dispuesta para la cama en todo momento.

Unos días después, se mudó a su apartamento donde convivieron los seis meses que ella dedicaría todavía al curso en el Bolshoi.

Cuando el Mon tenía nueve años, un tío materno, mayor de la Policía Nacional Revolucionaria, lo inscribió en una escuelita de kárate-do que funcionaba en el Vedado. Ya en esa época, al muchacho le fascinaba el cine japonés. Siendo muy pequeño todavía, a mediados de los años sesenta, cuando comenzaron a divulgarse en Cuba las películas de samuráis, en especial las de Ichi, el esgrimista ciego, él las recibía como

farsas o historietas cómicas. Para la sensibilidad de un niño cubano de entonces, aquellas ampulosas posturas marciales, con sus perfiles estatuarios de sable en alto y reojos pérfidos, la única lectura posible era la del humor farsesco. Las voces roncadas, la exagerada mímica de ojos muy abiertos y otros clichés faciales con que los actores japoneses expresan miedo u odio, o las agazapadas carreritas de ida y vuelta con que los malos se acercaban en pandilla para atacar por detrás al héroe saltarín y sablista, le recordaban la gestualidad caricaturesca de Tom y Jerry y otros animados, donde perros contra gatos, o gatos contra ratones, se deslizaban en puntas de pie con aviesas intenciones, siempre frustradas. Ya más grandecito, se dejó seducir por la épica de los samuráis, con su culto del honor, sus ceremonias y cortesanas, para entrarse a sablazos en medio de brincos y furibundos gritos. Pero su definitivo deslumbramiento por el Japón, le vino con aquella mujer, que le enseñara nuevas formas de disfrutar un baño, la cama, la mesa, el diálogo íntimo, un paisaje. Al principio, se imaginó estar recibiendo un curso sobre el arte de las geishas, hedonismo oriental, al que se entregó con la fascinación y mansedumbre de un rústico en manos de una princesa.

Para mejor entender aquel mundo deslumbrante que Noriko le develaba, se lanzó de lleno al estudio de la lengua; y a solo noventa días de convivencia, la deslumbrada fue ella, al descubrir la disciplina y talento de aquel muchacho que en tan breve lapso ya podía dirimir con ella, en un japonés muy decoroso, la mayoría de los asuntos domésticos. Tomó también como heroica muestra de interés por ella, el haber memorizado 3.000 términos y 800 ideogramas, con los que ya accedía a comprender en parte, los títulos de revistas y periódicos de su país.

Al separarse en enero del 79, ella tenía 20 años y el Mon 18; pero ya él se daba cuenta de que el supuesto hedonismo oriental, no era tal. A poco de familiarizarse con algunas tradiciones japonesas, descubrió en ellas más ascetismo que sen-

sualidad; y comprendió que casi toda la fascinación irradiada por Noriko, procedía de su propia, irrepetible singularidad.

Al Mon le faltaban todavía unos meses para graduarse en el preuniversitario. En el aeropuerto de Sheremíetevo se despidieron con un juramento de pronto reencuentro y amor eterno; pero pese a su juventud, ambos eran demasiado inteligentes para ignorar los estragos que el tiempo, la distancia, los compromisos patrióticos y familiares infligen al amor. Ninguno creyó que volvieran a verse. Él llegó a la parada del autobús con los ojos húmedos y una insoportable dureza en la nuez. Ella, cuando su avión sobrevolaba Moscú, canturreó *sottovoce*, entrecortada por el llanto, aquellos versos de *Les feuilles mortes*: «*Et la mer efface sur le sable, les pas des amants désunis*».

El Mon ingresó en La Habana a la Facultad de Bioquímica, donde se pasara, *Summa Cum Laude*, la carrera de Farmacología; y ya a los 25 años, recién graduado, se distinguiría por su inspirada participación en el *team* científico del Proyecto Maridermis para la investigación de una sustancia extraída de la marihuana, aplicable a enfermedades de la piel. Su talento y magnífico expediente universitario le valieron el reclutamiento para el selecto grupo de científicos jóvenes del INIB (Instituto Nacional de Investigaciones Biomédicas). Dos años después, el INIB firmaría un convenio de colaboración con una institución científica japonesa, interesada en desarrollar justamente el Proyecto Maridermis, originario de la Facultad de Bioquímica, pero que a la sazón se hallaba a cargo del INIB; y el Mon, que ya trabajaba en el proyecto desde sus inicios y cuya pasión filonipona *in crescendo* lo indujera a proseguir en La Habana sus estudios de la difícilísima lengua, fue el más joven de los científicos cubanos que en septiembre de 1987 llegara a Tokyo para colaborar en el proyecto.

Por supuesto, lo primero que hizo fue buscar a Noriko. Frustrada como bailarina por una afección de sus ligamentos,

Noriko trabajaba a la sazón como coreógrafa de una escuela vocacional en Osaka. Allá fue el Mon y la encontró entre un grupo de alumnos en la cafetería. Con el pelo muy largo que usaba ahora y un par de espejuelos oscuros, Noriko no lo reconoció; y él, tras despejar una mesa desocupada a pocos pasos de ella, se puso a saltarla de ida y vuelta con una mano apoyada encima. Aquella brincadera desató la ira del administrador que de inmediato avanzó en son de guerra, pero se detuvo desconcertado al ver que la respetable Noriko San, en franca violación de las severas formalidades japonesas, se abalanzaba en brazos del extranjero orate.

Por estar junto al Mon, Noriko abandonó Osaka y se buscó un puesto docente en Tokyo; y al cabo del primer año de convivencia adulta, ambos supieron que ya no se separarían. Cuando el Mon terminara sus compromisos y regresara a Cuba, ella se iría con él.

Se casaron en Hiroshima en junio del 89, donde vivían los padres de Noriko; y dos meses después partieron juntos rumbo a La Habana. Él se reincorporó al Instituto Nacional de Investigaciones Biomédicas donde dirigiría el GIFAC (Grupo de Investigaciones Fármaco-Cinéticas) y ella ingresó como asesora voluntaria al elenco del Conjunto de Danza Moderna.

El Bebo era 50 horas menor que el Mon. Uno nació el 12 de agosto de 1960 a las 18 horas, y el otro el 10 de agosto; a las 16; pero desde la adolescencia celebraban juntos el cumpleaños de ambos durante el 11 de agosto. La primera fiesta conjunta fue en el 68, al cumplir los 10 años, que compartieron con los demás jinetes y casi todos los niños de la cuadra.

La fiesta se armaba siempre en donde doña Fefa, una buena amiga de la madre del Bebo, que después del Dr. Bayona, tenía la mejor vivienda de aquella manzana y varias a la redonda: una amplísima casona que su difunto marido, mili-

tante del PC y combatiente de la clandestinidad, recibiera en propiedad al triunfo de la Revolución.

Al inicio, fue la típica fiesta infantil, en que los padres de ambos compraban refrescos, un *cake* de cumpleaños, e invitaban a los amigos y muchachitas del barrio a bailar y besarse en los rincones. Pero a partir del regreso del Mon, ya casado, la fiesta consistía en una mesa\* sueca preparada por doña Esperanza, una vecina camagüeyana, hija de María Patrocinio, negra que fuera cocinera de los Falla Batista. Seguían la música, el baile, los tambores y el canto del Nitro, que además de su onda religiosa, se destacaba como guarachero y boquerista; y para tales ocasiones lo acompañaba un vecino en el piano de Isabelita, la hermana soltera del Mon. Para esa época, de los Cuatro Jinetes solo quedaban tres, porque el Bayo, iniciado desde los 15 años en la delincuencia, ya no era amigo de nadie ni pertenecía al barrio.

Como nota simpática y curiosa, desde el 89, en que el Nitro cayera preso, su mejor sucedáneo en las fiestas de cumpleaños fue Noriko, que montaba un celebradísimo espectáculo de mímica, aplaudido por niños y adultos. Pero además, Noriko se acompañaba en guitarra el repertorio de los Beatles y resultó una virtuosa en la salsa, capaz de enredarse de tú por tú con los endiablados bailadores del Cerro, sin jamás perderse en las contorsiones y volteretas que le imponían, ni equivocarse el paso en las ruedas de casino. Al menearse regalaba sonrisas, nalgas elásticas, gracejos de cintura quebrada y estremecidos hombros, y podía ajustarse a los ritmos cubanos como ya se quisieran muchas criollas de ciudadela\*. Ella sola era una fiesta y participaba en todo con un entusiasmo contagioso. Ayudaba en la cocina y a servir la mesa, y sobre todo a comer, con una complacencia que llenaba de orgullo a la cocinera.

Noriko se enamoró de la ruina donde vivían, ya solas, la madre y hermana del Mon. Construida hacia 1880, había sido la vivienda de un sacarócrata. Ocupaba una esquina por donde tenía su entrada, en medio de un portal en ángulo

recto, con veinte metros hacia cada calle. El barandaje mármoleo de balaústres verdosos incluía cuatro columnas corintias de grano rosado, traído de Pinar del Río.

Como japonesa, acostumbrada a las viviendas frágiles de techos muy bajos, a Noriko la enamoraban las paredes gruesas de la sala, que se elevaban casi seis metros hasta un cielo raso donde aún se adivinaban antiguas escayolas y yesos policromos; y el piso en grandes losas de colores con diseños de alfombras; y los arabescos en la forja enrejada del portal; y las persianerías con hojas de cuatro pliegues; y sobre todo, los vitrales en arco que coronaban puertas y ventanas, todavía intactas a pesar del frecuente béisbol callejero.

Noriko adoraba también el Cerro por su ambiente de rumba y santería. Y en cuanto sus yenes permitieron hacer las obras que exigía la restauración de la casona, de mil amores abandonó el cómodo pero descafeinado apartamento que el Instituto le asignara al Mon en el barrio de Atabey. Ella misma, en el argot que a diario se empecinaba en aprender, declaró que no iba a vivir en un cajoncito de Siboney, cuando disponía de semejante casona con aquel *swing* del carajo. Muerto el padre del Mon y emigrada a los EEUU su hermana mayor con sus marido y cuatro hijos, aquella vivienda de ocho cuartos, dos salas, dos baños, antejardín y patrio trasero con árboles, era más que suficiente para cuatro personas.

Y Noriko adoraba también la cocina de Esperanza. Muy rápido comprendió por qué los Falla Batista, encumbrada familia que disponía de un chef parisino para la alta cocina cosmopolita, confiaba los platos criollos a la inspirada mano de la negra María Patrocinio.

Para el último 11 de agosto, en que el Bebo no pudiera dejarse homenajear por hallarse en la Sierra del Cristal, Esperanza preparó un *self service* de manjares criollos: masas de puerco frito, arroz congrí, yuca con mojo, guiso de kimbombó, tamales en cazuela, frituritas de malanga\*, fufú de plátano, y como postres, boniatillo y cascos de guayaba con queso crema.